

# ***La economía española del desarrollismo (los sesenta y principios de los setenta.***

---

Los años sesenta supusieron la legitimación definitiva e irreversible del régimen franquista en el exterior. Nuevos pactos con Estados Unidos robustecieron las buenas relaciones con el amigo americano y, a pesar del Sáhara, se suavizaron las tensiones con Marruecos. La diplomacia española ratificó su amistad con los países árabes y obtuvo un gran éxito internacional cuando en 1967 la ONU dio la razón a sus argumentos descolonizadores sobre Gibraltar que la enfrentaban a Gran Bretaña. Ante la negativa británica a facilitar la soberanía española sobre el peñón, el ministro Castiella impuso restricciones fronterizas y presiones económicas, que no harían sino reforzar los sentimientos probritánicos de los gibraltareños. La internacionalización del asunto de Gibraltar exigía abordar los restos del colonialismo español en África; y así, en 1968, de manera precipitada, el régimen concedía la independencia a Guinea Ecuatorial.

## **1. Los planes de desarrollo.**

Las buenas condiciones para llevar a cabo un impulso económico, aprovechando la situación periférica de España respecto de la Europa del Mercado Común, terminaron de convencer a Franco y a Carrero Blanco de que el futuro tenía que ser de los economistas. A la anterior desconfianza y desprecio le sucedió la entrega a los planes económicos. Superada la recesión consiguiente al Plan de Estabilización, el franquismo inauguró una etapa de ideología desarrollista en la que la subida de la renta *per cápita* era propuesta como el gran objetivo nacional. "La libertad empieza en el momento en que los ingresos mínimos de cada ciudadano llegan a los 800 dólares anuales", escribió un ministro augurando que las reformas de los tecnócratas serían beneficiosas para el franquismo en su conjunto, porque garantizaban la supervivencia de un régimen que parecía condenado por los desastres de su economía. En 1963, los españoles tienen una renta *per cápita* anual de quinientos dólares, pero ocho años más tarde superaba los mil.

Entre 1962 y 1975, tres Planes de Desarrollo, de duración cuatrienal, señalaban el camino que España debía seguir para abandonar su reducto de subdesarrollo y meterse en el club de los privilegiados como décima potencia industrial del mundo. Mediante la planificación económica y la propaganda que realizó el régimen alrededor de ella, el desarrollo se vendió como mercancía política. El cerebro de los planes fue el catedrático de Derecho Administrativo, y miembro del Opus Dei, Laureano López Rodó, quien en 1962 estaba ya al frente de la Comisaría del Plan de Desarrollo. Desde esta plataforma, la ofensiva del equipo de tecnócratas, avalada por el proceso de integración europeo y por el interés de Estados Unidos en la normalización de la economía española, acabó con las escasas expectativas que le quedaban a Falange o a los sindicatos de intervenir en el diseño de la política económica.

Inspirados en la planificación indicativa francesa, los tecnócratas del gobierno -Ullastres, López Rodó, Navarro Rubio, López Bravo-C buscaban el crecimiento del producto nacional, el pleno empleo, un mejor reparto de la renta y una progresiva integración española en la economía mundial. Los Planes de Desarrollo señalaban las direcciones de inversión preferentes y asignaban recursos ajustados a ellas. También estimulaban la iniciativa privada con ventajas fiscales y crediticias, y preveían la creación de "polos de desarrollo" en siete ciudades: Burgos, Huelva, Vigo, A Coruña, Valladolid, Zaragoza y Sevilla.

## **2. Los cambios de la estructura económica.**

No todos los objetivos se alcanzaron, pero España tuvo en los años sesenta una de las tasas de crecimiento más altas del mundo. La producción industrial aumentó entre 1960 y 1973 con una tasa anual del 10 por 100. El sector de desarrollo más vistoso fue el del automóvil, a cuyo consumo masivo accedieron, de día en día, los españoles. Había cinco grandes fabricantes de coches, de los que destacaban SEAT y Renault, que se encontraban entre las mayores industrias del país. El bienestar creciente se reflejaba, asimismo, en la amplitud del sector de electrodomésticos destinados a aliviar las labores del hogar y a facilitar el ocio. En 1960, solo el 1 por 100 de las familias españolas tenía televisión; quince años más tarde, el 85 por 100. Las nuevas antenas en los tejados eran señaladas, por la propaganda del régimen, como ejemplo de una consolidada sociedad de consumo.

La rápida industrialización de España exigió una cuantiosa importación de bienes de equipo, que pudo realizarse gracias al continuo flujo de divisas procedentes del turismo y de los ahorros enviados por los emigrantes desde distintos países europeos. Entre 1960 y 1970, un millón de trabajadores españoles emigraron a través de los conductos legales, sobre todo a Francia y Alemania; pero los que salieron sin sus documentos en regla casi alcanzaron ese número. La inversión de capital extranjero, especialmente alemán y estadounidense, también facilitó la compra de las materias primas necesarias, a la vez que el aumento de las exportaciones ofrecía buenas partidas de divisas, destinadas inmediatamente al desarrollo industrial. Seguras de la protección de un régimen que las necesitaba, las empresas multinacionales se movieron a sus anchas, sin ser molestadas más que por el discurso subversivo de la oposición, que protestaba por la "venta" de España a los extranjeros.

Los principales beneficiarios del "milagro" económico fueron la banca y los grandes grupos industriales, que alcanzaron una indudable hegemonía sobre los demás y que consiguieron el apoyo decidido del Estado, mediante exenciones fiscales o formas privilegiadas de financiación. El aumento del poder de los bancos sería denunciado por algunos economistas, apoyados en el ideario antimonopolista de Falange. Como la banca extranjera seguía sin un nivel alto de implantación en España, el avance de la propia resultó imparable. Los negocios financieros generaron importantes plusvalías, lo cual contribuyó a aumentar el número de accionistas y el prestigio del papel bancario entre inversores no acostumbrados al riesgo, que hasta entonces compraban bonos del Estado.